

LIBRO OCTAVO.

Situación política de la Francia al principio del año 1820.—Los hombres y las cosas.—Los intereses nuevos y las pasiones revolucionarias.—Política de M. Decazes.—Efectos de esta política.—Perturbación de los espíritus.—Elecciones amenazantes.—Síntomas alarmantes.—El duque de Berry recibe cartas anónimas.—Sus presentimientos.—SS. AA. RR. en el baile de M. de Greyfulh.—Noche del 13 de febrero.—El duque y la duquesa en el aposento de la familia de Orleans.—La duquesa se retira.—Acompánala su esposo hasta el coche.—Asesinato del príncipe.—Su larga agonía.—Sus últimas palabras.—Su muerte.

Era el año de 1820. Los espíritus estaban profundamente conmovidos: las pasiones rugían ardientes é implacables; había inquietudes en lo presente y amenazas en el porvenir.

Esta situación difícil, era la consecuencia de los elementos de perturbación que contenía la sociedad francesa, y de la política seguida por los hombres que ocupaban el poder.

Cuando una revolución ha trabajado largo tiempo un país, si alguna vez desaparece de su superficie, deja su germen profundamente arraigado en el suelo. Esto es lo que había sucedido en Francia con las opiniones revolucionarias. Cuando se efectuó la restauración, se desvanecieron, pero no dejaron de existir. Había aun en aquella vasta población algunas de aquellas almas atroces que la crisis de 93 había visto producirse con una espantosa energía; porque jamás una época queda enteramente cerrada; aun cuando parezca que ha dejado la escena para siempre,

nunca falta alguno detrás de ella que la represente. A aquellas fogosas pasiones es necesario añadir los intereses revolucionarios creados por la venta de los bienes nacionales; aunque la carta hubiese consagrado su título, los propietarios temían que se volviese á poner en cuestión. La ley estaba en su favor, pero sabían que la ley puede cambiar. Por consiguiente estaban naturalmente dispuestos á poner obstáculos á la consolidación de la casa de Borbon. Ellos querían impotente la dignidad real, para que nada pudiese contra ellos.

Estos obstáculos, por grandes que fuesen, no eran insuperables. No era imposible asegurar poco á poco los nuevos intereses alarmados, y extinguir las malas pasiones que fermentaban en el suelo. Pero nada de esto sucedió, á causa del sistema político que se aplicó á aquella situación ya tan difícil.

El poder estaba en aquel momento confiado en las manos de un joven ministro, que la benevolencia señalada de Luis XVIII había elevado al primer puesto del Estado. M. Decazes había tomado al lado del rey el lugar que ocupaba M. de Blacas. Su fortuna había sido grande y rápida: había llegado á ella á la edad en que de ordinario se principia, y el favor real, colmando todas las distancias, había aproximado en pocos instantes su oscuridad á los honores, su inesperienza al poder.

En este puesto importante M. Decazes fué el instrumento de un sistema de que él se creyó inventor. Se le repitió que su ministerio nada tenía que temer de la revolución; porque no era del seno de las opiniones de la izquierda de donde podía ver salir el heredero de su poder. «Los realistas tenían la fuerza y la insolencia del número: ellos le harían pagar caro su concurso: independientes de él le obligarían

á depender de sus caprichos. Los hombres de la izquierda al contrario serian complacientes y dóciles con quien los levantase del suelo en que yacian. Vale mas apoyarse en el brazo de un protegido que en el de un protector.»

Los hombres que hablaban asi á M. Decazes, eran los que habian manejado los negocios, ya durante la revolucion, ya en el imperio: ellos temian que fortaleciendose demasiado la restauracion, lo perdian todo. Por lo tanto, querian que la revolucion conservase la vida en Francia, de la cual tenian necesidad como de un espantajo para obligar á la autoridad real á respetar sus posiciones, ó como de un brulote para hacer saltar el trono si llegaba á evadirse completamente de su influencia.

Entonces principió aquella política, cuyas consecuencias debian ser tan deplorables. Se vió á los amigos del rey enemigos del ministerio, y el ministerio tomó poco á poco por amigos á los enemigos del rey. Esto tuvo consecuencias incalculables. Las masas debieron pensar que era necesario que los proyectos atribuidos á los hombres monárquicos por la calumnia de sus adversarios, fuesen efectivos para que el príncipe los alejase de su favor y de sus consejos. De otra parte, los revolucionarios apoyados por un ministerio real, pudieron levantar la cabeza. Ellos dejaron de asustar, cuando fueron presentados al país por la mano que tenia el poder. Cómo creer que el hombre de Estado que gozaba de la alta confianza del trono, pudiese marchar con los que hubiesen sido sus enemigos? Establecióse entonces una confusion que debia ser fatal; la de los intereses nuevos que querian solamente existir, y de los odios revolucionarios que querian matar la monarquía. Estos, que no tenian de su parte ni el número ni la fuerza, se

ocultaron detrás de aquellos, y consiguieron alarmarlos; de forma que en seguimiento de estos intereses, atacaron creyendo defenderse, y se alistaron bajo las banderas de las pasiones políticas, sin saber á donde se les conduciría.

En vano se diría que la autoridad real representada por su ministerio, no debia estar espuesta á las sospechas y á los resentimientos que se escitaban contra los realistas. Habia un instinto profundo que advertia á todos, que por una inclinacion inevitable, la autoridad real se volvería tarde ó temprano hácia sus amigos naturales: tratábase, pues, de debilitarla para no cedérsela sino impotente y desarmada, y el peso de las sospechas y las desconfianzas que el ministerio arrojaba sobre los hombres monárquicos, remontaba hácia el trono, porque cada uno sabia que llegaría un día en que el trono se apoyaría sobre ellos.

La revolucion entretanto, favorecida así por M. Decazes, habia hecho rápidos progresos, tanto que habian alarmado á una parte del consejo. La urna electoral dejaba salir nombres temibles: los mas violentos folletos circulaban en el público, é iban á alimentar los odios é inflamar las cóleras. El leal duque de Richelieu, á cuya palabra debia la Francia la evacuacion de su territorio, y M. Lainé, el poderoso orador, se habian retirado hacia largo tiempo, despues de haber clamado en vano porque se detuviesen sobre la pendiente en que amenazaba una espantosa rapidez.

M. Decazes, que habia quedado solo, continuaba su mismo sistema. De día en día las pasiones se enfurecian mas, y el peligro era mayor. La indignacion realista y el furor revolucionario se escitaban mutuamente, á la manera de dos grandes incendios, cuyas llamas iban de uno á otro.

Las cosas, en fin, llegaron á tal extremo, que el mismo M. Decazes principió á abrir los ojos. Los collegios electorales le enviaron al regicida Gregorio, y lo que le chocó aun mas acaso, M. Benjamin Constant, sirviendo de intérprete á la revolucion, que despues de haber crecido á la sombra de la alianza del jóven ministerio, pensaba en salir de tutela, publicó un escrito en el que anunciaba con toda la desfachatez de la ingratitud política, que el tiempo de los servicios y del poder de M. Decazes habia pasado, y que debia pensar en retirarse puesto que ya no se le necesitaba.

Alarmado por estos síntomas M. Decazes, en el momento de que se trata, queria, de concierto con los doctrinarios, reformar la ley electoral con el objeto de aminorar al mismo tiempo la influencia de los realistas, que continuaban atacandole con una estremada vivacidad, y la de los revolucionarios que principiaban á asustarle. Tratábase de alejar la eleccion de los dos puntos opuestos de la circunferencia, para aproximarla al centro. Ultima ilusion de los hombres de estado á quienes se escapa lo presente, y caen haciendo leyes para dominar lo porvenir.

Entretanto M. Decazes habia confesado en el discurso del trono, que una inquietud vaga, pero efectiva, reinaba en Francia. La perturbacion de los espíritus comenzaba á esparcirse por todas partes, y la misma paz del Eliseo Borbon habia sido turbada. Volvia la época de las revoluciones. No se acababa de ver sublevarse al ejército español, y esta insurreccion militar invadir de provincia en provincia todo el pais? Los espíritus estaban atentos; parecia que la situacion encubriese algun grave acontecimiento que nadie veia aun, pero cuya presencia fatal descubria todo el mundo por detrás del velo que le ocultaba.

Despues de algun tiempo, el duque de Berry recibia cada dia muchas cartas anónimas que contenian horribles amenazas. La muerte parecia presentársele bajo el doblez de cada billete que abria. Las manos invisibles que asi le advertian, no se cansaban, y él mismo estaba agitado de siniestros presentimientos que ocultaba lo mas que podia á la duquesa. Era una voz secreta que le revelaba un peligro que se aproximaba, ó bien no eran sino estos mismos rumores sordos que concluian por entristecer sus pensamientos?

Se recuerda que uno de los mas ilustres abuelos del príncipe, tuvo, hácia el fin de su vida, presentimientos de este género.—«Pardiez decia Enrique IV á Sully, yo moriré en esta ciudad; no saldré de ella jamás aunque sepa que me matan. Yo bien sé que ponen su último recurso en mi muerte.» En otra ocasion decia á la reina María de Médicis: «Amiga mia, si esa consagracion no se hace el jueves, os aseguro que pasado el viernes no me volveis á ver.» Mas tarde aun la decia: «Pasad, madama la regenta.» En fin segun la relacion de Perefice, de muchas partes á la vez se le daban avisos de conspiraciones contra su persona: al mismo tiempo se hacia correr el rumor de su muerte en España y en Milan, y ocho dias antes de que fuese asesinado, pasó un correo por la ciudad de Lieja, que llevaba la noticia de su muerte á un príncipe de Alemania.

Estos presentimientos y estos rumores se renovaban para el duque de Berry. Aun no se estaba en principios del mes de febrero, y ya su muerte era anunciada en Lóndres. Parecia que hubiese en los aires un puñal invisible, cuya punta estaba ya dirigida al corazon del príncipe y cuyo mango se hallaba en todas partes.

Sin embargo, la aproximacion del carnaval ha-

bia desterrado todas estas ideas siniestras. El duque y la duquesa de Berry habian dado dos bailes brillantísimos, y todo París habia admirado las elegantes pompas del Eliseo, y aquellas fiestas ordenadas con mas gracia aun que magnificencia. El sabado 12 de febrero, el príncipe y la princesa asistieron al baile suntuoso dado por el conde de Greffulh, y les divirtió la chaoza de la distribucion de unos cuchillitos que el dueño de la casa hizo hacer á las señoras, por alusion á una pieza de teatro, en la que un actor amado del público tenia el privilegio de divertir á todo París (1).

El dia siguiente trece de febrero el duque de Berry hizo en muchas ocasiones sonreír á S. M. refiriéndole en la comida la fiesta de la víspera, y se quejó alegremente de no tener nada que hacer aquella noche.

Era el domingo de carnestolendas: se ejecutaba en la ópera *el Carnaval de Venecia*, *el ruiseñor*, y *las bodas de Camacho*. Para ocupar aquella noche, que los bailes habian dejado vacante, el duque condujo á ella á su esposa. La familia de Orleans se hallaba en el mismo teatro, y la concurrencia era numerosa, atraida por la alegre época del año que dá la señal de todos los placeres. Era un espectáculo maravilloso el de aquellos palcos centelleantes con los diamantes y flores que adornaban á las mugeres. Todos los semblantes tenian un aire de fiesta, y se hubiera dicho que se respiraba en el ambiente la influencia de aquellos regocijados dias, colocados en el curso del año como para descansar á los hombres de la gravedad de la razon, y de las preocupaciones de los negocios.

Una circunstancia habia aumentado la satisfac-

(1) Potier, en las *Danaides*.

cion pública. El duque y la duquesa de Berry habian aprovechado un entreacto para ir á visitar en su aposento á los duques de Orleans. S. A. R. acarició mucho á los niños, á los que amaba, como ya se ha dicho, con una ternura casi paternal: entretúvose sobre todo, con el pequeño duque de Chartres, que era su favorito, y se le vió pasar y repasar su mano por los rubios cabellos del niño. El público, conmovido al ver la union que estrechaba á las dos ramas de la familia real, aplaudió repetidas veces.

Entretanto la noche se adelantaba. La duquesa de Berry habia pasado la mayor parte de la anterior en el baile de M. Greffulh. Al volver á su aposento tropezó con bastante violencia con la puerta de otro: en el entreacto de las *bodas de Camacho* se encontró fatigada, y el príncipe la propuso retirarse. Eran las once menos algunos minutos. El duque de Berry acompañó á su esposa al coche, y contaba volver á entrar en el teatro con el objeto de ver concluir la pieza.

Para dar mayor inteligencia á lo que vá á seguir, es necesario recordar algunos pormenores topográficos sobre un edificio que ya no existe.

La academia real de música era una casa aislada, rodeada de cuatro calles. La entrada llamada de los príncipes estaba en la calle lateral, que lleva aun hoy como en aquella época, el nombre del compositor Rameau. El coche de la duquesa se habia colocado delante de aquella entrada. La portezuela estaba abierta; los guardias en el vestíbulo, y el centinela esterior presentaban las armas; hacia mucho tiempo que el duque de Berry no permitia que se formase la guardia, cuando él salia del teatro.

El centinela que presentaba el arma, tenia la espalda vuelta á la calle de Richelieu: el conde de Choi-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO X

seul, ayudante de campo del príncipe, estaba á la derecha del soldado, en el dintel de la puerta, con la espalda igualmente hácia la misma calle. El conde de Mesnard, caballero mayor de la duquesa, la dió la mano izquierda para subir á su coche, así como á la condesa de Bethisy: el duque de Berry las presentaba la mano derecha. El conde de Clermont-Lodeve, gentilhomme del príncipe, estaba detrás de S. A. R.

Uno de los criados levantaba ya el estribo. El príncipe, que estaba aun bajo el cubierto del pórtico, hacia seña con la mano á la princesa diciéndola: «Adios, Carolina, bien pronto nos veremos:» habiase medio vuelto para entrar en el teatro, cuando un hombre viniendo de la calle de Richelieu se introdujo entre el centinela y las personas que rodeaban á S. A. R., apoyó una mano sobre el hombro izquierdo del príncipe, y con la otra le dió un violento golpe en el costado derecho.

El conde de Choiseul creyó que aquel hombre habia tropezado involuntariamente con el príncipe, al correr, y le rechazó diciéndole: «Mirad lo que hacéis.» Al mismo tiempo echó á huir aquel, y el príncipe llevando la mano al costado en que habia recibido el golpe exclamó: «He sido asesinado.» Y preguntándole los que le rodeaban con la mayor ansiedad, exclamó segunda vez con una voz fuerte: «Soy muerto; tengo aqui el puñal.»

Los señores de Choiseul y de Clermont, el centinela llamado Desbiés, uno de los criados, y algunas otras personas habian corrido en persecucion del asesino.

La duquesa de Berry, cuyo coche estaba aun á la puerta, oye el grito de dolor que lanza su esposo, y quiere arrojarse por la ventanilla: madama de Bethisy la detiene: un lacayo la ayuda á bajar, pero

precipitándose por cima del estribo exclamó: dejadme, yo os mando que me dejéis.» Y corriendo hácia el duque le recibe en sus brazos en el momento en que sacandose el hierro de la herida, le entregaba á M. Mesnard (2).

Hicieron sentar á el príncipe en una banqueta en el pasadizo en que estaba la guardia; se le arrimó á la pared, y se desabrocharon sus vestidos para buscar la herida.

La duquesa estaba arrodillada delante de él, y trataba de atajar la sangre que corria con una horrosa abundancia. El príncipe dijo de nuevo: «soy muerto: un sacerdote! venid, esposa mia, que muera yo en vuestros brazos.» Entonces la duquesa se arrojó sobre su marido, que caia desmayado, y se cubrió de su sangre.

Entretanto el asesino huia con una estrema rapidez, y como llevaba ventaja á los que le perseguian, iba al fin á evadirse, cuando enfrente de la arcada de Colbert, un mozo del café Hardy, llamado Paulurier, le detuvo al pasar, y despues de una lucha de algunos instantes se apoderó de él y le entregó en manos del soldado Desbiés, que fué el primero que llegó.

Condújose al asesino al cuerpo de guardia de la ópera. Allí M. de Clermont dirigiéndole el primero la palabra, le dijo: «monstruo, quien ha podido inducirte á cometer semejante atentado?» La unica respuesta del asesino fué esta: «Son los mas crueles enemigos de la Francia!» Engañado por el sentido de esta

(2) Este hierro de seis pulgadas de longitud, era una hoja derecha y angosta, de dos filos, muy afilada, escesivamente aguda, y tenia un mango de madera muy corto, semejante á el de una herramienta de artesano.

frase, M. de Clermont creyó que el culpable iba á hacer revelaciones; pero bien pronto vió que lo que habia tenido por una espresion de arrepentimiento, era una injuria dirigida á la familia real.

Se registró al agresor, y se encontró sobre él la vaina del cuchillo que habia dejado en la herida del príncipe, y una especie de punzon de una forma diferente.

Era de temer que, en un primer movimiento de indignacion y de cólera, los soldados que rodeaban al asesino le pasasen con sus armas. Los señores Mesnard y Clermont, les gritaron que no le tocasen, porque sus revelaciones podian ser preciosas para la justicia del pais.

En tanto que esto pasaba en el exterior, habia en el interior del teatro una escena de dolor y desolacion, que arrancaba lágrimas á todos los que la presenciaban. Con gran dificultad se habia hecho subir al duque de Berry, sosteniendo sus pasos vacilantes, la escalera que conducia á la sala situada detrás de su palco. Allí fué donde el conde de Clermont vino á anunciar que el asesino estaba preso. La primera palabra del príncipe herido fué esta: «Es estrangero?» Habiendole respondido que no, exclamó dolorosamente: «Es bien cruel morir de mano de un francés.»

Desde que se le habia transportado á aquella pieza, habia recobrado el conocimiento. Recostado sobre una silla, oia y respondia; pero su palidez era horrosa, y la mano de la muerte parecia estampada ya sobre su frente. El duque, la duquesa y Mademoiselle de Orleans, á quienes se habia ido á avisar á su aposento, asistian á esta escena, tristes, inmóviles y mudos. Dos médicos, los señores Blancheton y Drogart, habian principiado á administrar los primeros cuidados al príncipe. Su esposa, atenta á los menores

cambios que se advertian en la espresion de su semblante, parecia querer detener la vida que se huia.

Ay de mí! la juventud y la fuerza nada pueden contra esos atahudes imprevistos que la mano de un asesino oculta, como siniestros lazos, en las sombras de la noche! Un momento antes lleno de salud y ahora yacia allí débil, inanimado y sintiendo ya sobre su frente los helados sudores de la agonía! El crimen habia sido tan rápido y tan pocas personas tenían conocimiento de él, que la noticia no habia penetrado aun en el recinto de la ópera. El segundo acto de la opereta no se habia interrumpido; se oia desde el salon en que se habia colocado al príncipe, el ruido de la música, y al través de una ancha vidriera que daba sobre el aposento, se veia ejecutar el baile en el teatro. Cuadro digno de un dolor eterno! Los bulliciosos sonidos de la orquesta que concluía, y el sobrealiento de una agonía que principiaba: una fiesta y un asesinato: las lágrimas, los gritos, el luto en la mansion de los placeres: las risueñas imágenes de aquel lugar profano apareciendo como una horrible ironía á unos ojos que iban á cerrarse para siempre, y un simple tabique separando las alegrías del mundo de todos los horrores de la muerte!

A cada momento se abria la puerta de la sala para dejar entrar nuevos socorros y nuevos dolores. Los señores Lacroix y Caseneuse habian venido á traer todos los recursos de su arte. Se habia hecho una sangria en el brazo, é intentado ensanchar la herida para dar salida á la sangre derramada. Entonces fué cuando la duquesa de Berry interrogando al Doctor Blancheton, que estaba á algunos pasos del príncipe, le dirigió en voz baja estas palabras: «Es mortal la herida? Yo tengo valor, tengo mucho; yo sabré soportarlo todo, solo os pido la verdad.» El mé-

dico respondió de una manera equívoca, porque temia dar esperanzas que el suceso no podia tardar en desmentir.

Al mismo tiempo el príncipe, que desde el primer momento se habia sentido herido de muerte, repitió con mas instancia el grito que no habia cesado de hacer oír. «Mi hija, y el obispo de Amiclea» M. de Clermont corrió á las Tullerías á buscar al prelado, mientras que otra persona se dirigia apresuradamente al Eliseo, á avisar á madama de Gontaut, aya de Mademoiselle. Al mismo tiempo M. de Mesnard desempeñaba una penosa mision cerca de *Monsieur*, *Madama* y el duque de Angulema, noticiándoles el acontecimiento que acababa de tener lugar.

Bien pronto se vió á M. Bougon, cirujano de *Monsieur*. Luego que hubo examinado la herida, aplicó á ella su boca, á fin de atraer la sangre al exterior. «Qué haceis? Dijo el príncipe, rechazándole suavemente, acaso la herida estará envenenada.»

La triste noticia principiaba á esparcirse. Todo París aquella noche estaba lleno de fiestas. El salon del duque de la Albufera, que daba un magnífico baile, fué uno de los primeros á donde llegó el ruido del asesinato. Madama de Reggio, que se hallaba en él, dejó precipitadamente la sala; la consternacion fué universal, y la funcion se interrumpió. Bien pronto la fatal noticia dió la vuelta á la ciudad, y en todas partes el efecto era el mismo. Los bailes cesaban, la multitud se disipaba silenciosa y triste, y de cada una de estas reuniones llegaba algun antiguo servidor, que venia á informarse del estado del moribundo príncipe.

En pocos instantes el salon y los corredores de la ópera estuvieron llenos. Todo lo que habia de grande y de ilustre en Francia, se oprimia en aquel re-

cinto, demasiado estrecho ya. S. A. el duque de Borbon, el duque de Richelieu, el vizconde de Chateaubriand, todos los ministros, toda la corte se apresuraban á llegar al lugar en que moria el príncipe, y de aquella puerta que se entreabria á cada instante, el temor y la esperanza saliendo alternativamente, iban á conmover todos los corazones, que parecian estar pendientes del último hilo de aquella vida, que iba bien pronto á ser cortado.

Poco despues de las doce el duque de Angulema *Monsieur* y *Madama* entraron sucesivamente. La entrevista de los dos hermanos fué despedazadora. *Monsieur* buscaba palabras y no encontraba mas que gemidos. La hija de Luis XVI, la muger de todas las desgracias y de todo el valor, la que habia sido siempre superior á todos los rebeses, se asombraba de aquella nueva catástrofe, y permanecia silenciosa é inmóvil enfrente de aquella tumba que, sobre tantas como habia presenciado, estaba aun destinada á llorar.

En aquel momento madama de Gontaut presentó á *Mademoiselle* al príncipe moribundo. El levantó con esfuerzo sobre su hija una mano desfallecida. «Pobre niña, le dijo, yo deseo que seas menos desgraciada que los de mi familia.»

En aquel estrecho salon principiaba á faltar el aire al príncipe. Se le transportó á la sala de administracion de la ópera, y se pensó al mismo tiempo en prepararle una cama; porque hasta aquel momento habia permanecido sentado en la silla en que se le colocó. Fué necesario tomar prestado del mueblage del placer para erigir un lecho de muerte.

Hacia la una de la mañana llegó M. Dupuytren. El príncipe estaba echado sobre el lado derecho. Su ancha herida estaba abierta, su frente pálida, la ca-

BIBLIOTECA ALFONSIANA
UNIVERSITARIA

ma cubierta de sangre; el cuadro era espantoso. Los facultativos consultaron, y se decidió que no había mas que un solo medio que tentar, y era ensanchar aun mas la herida para dar á la sangre una salida mas fácil.

Entonces M. Dupuytren adelantándose hácia el duque de Berry, le dirigió algunas preguntas que quedaron sin respuesta. A petición suya, la duquesa de Berry las repitió al príncipe, añadiendo: «Yo os lo ruego, amigo mio, indicadme el parage en que padeceis.» El duque tomó la mano de su muger y la llevó sobre su pecho. «Es de ahí de donde os sentís?» continuó la duquesa. «Sí, respondió con una voz débil y baja; yo me ahogo.»

Tratábase de principiar la operacion. M. Dupuytren habia empeñado á *Monsieur* á separar de allí á la duquesa. «Padre mio, le dijo, no me obligueis á desobedeceros.» Despues añadió dirigiendose al cirujano: «Yo no os interrumpiré, señor, obrad.» Arrodillada á la orilla de la cama, tuvo durante la operacion la mano izquierda del príncipe, que regaba con sus lágrimas. Cuando el duque de Berry sintió el hierro en la herida, exclamó: «Dejadme, puesto que he de morir.»—«Amigo mio, le dijo su esposa, sufridlo por mi amor.»

El príncipe no profirió otra queja, y sufrió sin murmurar aquel nuevo padecimiento.

Entretanto, concluida la operacion, el apósito estaba inundado en sangre: la respiracion se hizo mas fácil, y el pulso estaba un poco menos débil. Pero si experimentaba algun alivio, toda esperanza habia desaparecido, pues que se conocia ya toda la profundidad de la herida. La hoja que tenia seis pulgadas de longitud, habia penetrado toda entera en el cuerpo del príncipe. «Pobre esposa mia, que desgraciada

sois! dijo á la duquesa, pasándola la mano por los cabellos, en el momento de calma que sucedió á la operacion. Despues como veia aumentarse la desesperacion de la princesa á medida que sus propias fuerzas disminuian, añadió con una voz mas alta y mas firme: «Amiga mia, no os dejéis agoviar por el dolor; conservaos por el ser que lleváis en vuestro seno.»

Estas palabras produjeron un movimiento en la sala. Todos los corazones se estremecieron, un relámpago brilló en todos los ojos. Al lado de aquella tumba entreabierta, acababa de aparecer una cuna. El príncipe ya medio envuelto en las sombras de la muerte, parecia salir de ellas por última vez, para decir la palabra de vida á su estirpe; en medio de las sangrientas tinieblas que se condensaban sobre la familia de Luis XIV, se habia visto penetrar un rayo de porvenir.

El príncipe habia pedido ya muchas veces ver á su asesino: «Qué he hecho yo á ese hombre?» repetia; «acaso le habré ofendido sin saberlo.»—No, no le habeis visto jamás, respondió *Monsieur*, ni él tiene contra vos ningun odio personal. «Luego es un insensato!» exclamó el duque de Berry. Este fué el nombre mas duro de que se sirvió la víctima para calificar á el asesino. El duque habia pedido que se suplicase al rey viniese á verle. «El rey no llega,» decia sin cesar: «no tendré tiempo de pedirle la gracia de ese hombre.»

Este pensamiento le preocupaba y volvía á él sin cesar.

Eran las dos de la mañana: los médicos mas célebres de París, reunidos al rededor del lecho de S. A., habian reconocido que su estado no era ya susceptible de alivio. El primer parte se habia enviado al rey á las doce, y entonces se le mandó otro.

Podía decirse que el príncipe, pronto á salir de la vida, sentía la necesidad de rodearse de todas las afecciones que dejaba en ella. Había tenido en Inglaterra dos hijos de una union, que la religion no habia consagrado: él pidió á la duquesa el permiso de abrazarlos antes de morir. «¿Dónde están?» Esclamó la princesa, «yo seré su madre.» Tres cuartos de hora despues entraron los hijos: eran dos graciosas niñas, que se aproximaron llorando al lecho en que moria el príncipe. La duquesa las condujo por sí misma, y las presentó á *Mademoiselle*, diciéndolas, «abrazad á vuestra hermana;» despues inclinándose hácia su marido, repitió varias veces; «Carlos, Carlos, ahora tengo tres hijas.»

Entonces se levantó una voz detrás de la cama, que pronunció esta palabra: «¡Ella es sublime!» Era madama la duquesa de Angulema la que habia hablado.

Eran cerca de las tres de la mañana, y el rey no llegaba. El duque de Berry se debilitaba mas y mas, y experimentaba atroces dolores. La religion estaba á su cabecera; él la imploró, y ella le prestó su apoyo. Se le habia tendido sobre un colchon para arreglar un poco el lecho en que estaba acostado. Allí fué donde despues de haber escuchado las exhortaciones del obispo de Chartres, hizo su confesion en voz alta, y en presencia de todos los circunstantes, pidiendo perdon á Dios de sus faltas, y á los que le rodeaban de los escándalos que hubiese podido darles. El descendiente de los reyes Cristianísimos moria como acostumbraban los de su estirpe. Intrépido delante de los hombres, humilde y temeroso delante de Dios.

Algunos momentos despues, el cura de san Roque trajo el santo óleo. El moribundo recibió con

alegría los últimos socorros que vienen á los hombres, cuando todos los demás les faltan. Los consuelos que manifestó gozar con ellos, dulcificaron un poco la desesperacion de la duquesa de Berry. «Ah, esclamó, bien sabia yo que esta bella alma habia nacido para el cielo, y que volveria á él.»

Los sintomas se hacian mas siniestros de momento en momento. Los facultativos redactaron el último parte, que principiaba por estas palabras. «El príncipe toca á sus últimos momentos. El conde Decazes (1), fué quien llevó este parte á las Tuillerías. El duque de Berry experimentaba una sed cruel: de cuando en cuando decia como entre sí: «yo padezco horriblemente: qué larga es esta noche!» «Ah, con qué lentitud viene la muerte!»

Luego, despues de un silencio bastante largo, esclamó repentinamente buscando la mano de la princesa: «¿Querida Carolina, el 13 es una fecha bien fatal para nosotros.» En efecto, en la misma fecha habian perdido dos hijos.

Dijéronles que acababan de llegar los mariscales: «en un campo de batalla, les dijo, es donde yo habria querido morir en medio de vosotros.»

A las cuatro y media llamó á M. de Nantouillet, su amigo treinta años hacia, y el primer oficial de su casa. Haciendo un esfuerzo á su vista: «Ven mi buen Nantouillet, mi antiguo amigo, esclamó, que yo te abrace antes de morir.» Todos los amigos, todos los criados del príncipe, se oprimian al rededor de su lecho de muerte. Allí estaban aquellos nombres de antigua fidelidad, el conde de Chabot, el marqués de Coigny, el vizconde de Monteleger,

(1) M. Decazes no recibió hasta despues el título de duque.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CITILIA ALFONSIANA

el príncipe de Bauffremont, el conde Eugenio de Astorg: allí estaba también el marqués de Latour Maubourg, tan noblemente mutilado por la victoria: manteníase de pie enfrente de la cama del príncipe, como una bandera viva agugereada por las balas enemigas.

El pensamiento del moribundo se volvía sin cesar hácia la llegada del rey, que esperaba para pedirle el perdón del hombre. En el intervalo de las crisis que experimentaba, prestaba un oído atento, y repitió muchas veces: «Ya oigo la escolta.» Siempre burlado en su esperanza, dijo á Monsieur con una magnánima oportunidad: «Padre mio, el rey no viene; no podeis empeñaros en nombre suyo á perdonar la vida á ese hombre?» En el momento en que el príncipe pronunciaba estas últimas palabras, se oyó el ruido de una numerosa caballería: era el rey.

Ya eran las cinco de la mañana: los desfallecimientos se sucedían casi continuamente: la muerte estaba próxima. No obstante, á la vista del rey el duque de Berry encontró alguna fuerza. En defecto de la vida, que principiaba á faltarle, aquel sentimiento de clemencia, que tantas veces habia espresado, reanimó su corazón: «Perdón, señor, dijo S. A. R. perdón para el hombre que me ha herido!» Y repetía con una voz mas sorda, y que parecia salir ya del sepulcro: «Perdón, á lo menos de la vida, á ese hombre!» El rey respondió: «Hijo mio, vos os restableceréis, y entonces hablaremos de eso; no pensemos ahora sino en vos.»

Aquella agonía que duraba, hacia mas de seis horas, tocaba en fin á su término, y el día que se levantaba iba á iluminar aquella muerte demasiado valerosa y demasiado bella, para ser oculta entre las sombras de la noche. El duque principió á perder el

conocimiento: ya no hablaba, ni comprendía. Una vez solamente se le oyó murmurar aun: «La gracia de ese hombre hubiera dulcificado mis últimos momentos!» Los médicos advirtieron al rey que el príncipe iba á espirar; y á una seña del monarca, madama de Reggio y las otras damas arrebataron á la duquesa de Berry, y la trasladaron á una pieza inmediata. Entonces las escenas de dolor fueron reemplazadas por las de desesperación: las lágrimas y los sollozos eran inexplicables. La duquesa se precipitó segunda vez en la sala fatal, y con dificultad se la pudo arrancar de ella. Durante su ausencia se volvió el príncipe sobre el lado izquierdo, y en el mismo instante sus facultades intelectuales acabaron de extinguirse. Sin embargo, pronunció en raros intervalos estas dos frases con una voz interrumpida: «Virgen santa, tened misericordia de mí!» Luego un poco después, haciendo un último esfuerzo para levantarse; «Oh, patria mia! Desventurada Francia!»

En este instante la duquesa de Berry atropellando todos los obstáculos delante de la violencia de su dolor, entraba y se arrojaba sobre el lecho de su esposo. Su mano estaba fria: el cristal del espejo, que M. Dupuytren tenia por cima de su boca, no se empañaba ya. Todo estaba concluido; acababa de espirar.

En el estravio de la desesperación, la princesa pronunciaba frases sin coherencia. En fin, agotadas las lágrimas y los gemidos, cayó como muerta á los pies del rey, y se aprovechó aquel momento para llevarla á su coche. Todos los asistentes suplicaban al rey se alejase también de aquella escena de desolación. «Tengo mi último deber que llenar con mi hijo,» respondió; y, apoyado en el brazo de M. Dupuytren se aproximó al lecho, cerró los ojos del príncipe, le besó la mano, y se retiró con un silencioso dolor.

El largo gemido que habia resonado en la sala en el momento en que el príncipe habia exhalado el último suspiro, se habia prolongado al exterior, y el rey fué recibido á su paso, por un ruido de sollozos y de lágrimas. Volviendo á su palacio, puede decirse que atravesó el dolor de su pueblo; porque una inmensa multitud, que habia pasado la noche bajo las ventanas de la sala en que agonizaba el príncipe, acababa de saber su muerte.

Así concluyó Carlos Fernando de Artois, duque de Berry, nacido el 24 de enero de 1778, y muerto el 14 de febrero de 1820 á las seis y treinta y cinco minutos de la mañana, de la muerte que su abuelo Enrique IV.



SEGUNDA PARTE.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CITILLA ALFONSO X
1871